

El expediente  
de Josef Kalteis

Andrea Maria  
Schenkel



# El expediente de Josef Kalteis

Andrea Maria  
Schenkel

Traducción  
de Carles Andreu

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1151

Título original: *Kalteis*

© 2007 Edition Nautilus-Verlag Lutz Schulenburg, Hamburg  
Obra publicada originalmente en Hamburgo, Alemania,  
por Edition Nautilus-Verlag Lutz Schulenburg  
Derechos de traducción de la obra negociados a través  
de Ute Körner Literary Agent, S.L., [www.uklitag.com](http://www.uklitag.com)

© Ediciones Destino, S. A., 2009  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

© de la traducción del alemán, Carles Andreu Saburit, 2009

Primera edición: mayo de 2009  
ISBN: 978-84-233-4154-2  
Depósito legal: M. 14.446-2009  
Impreso por Brosmac, S.L.

Impreso en España-*Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,  
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión  
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,  
mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos,  
sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Nota de acta sobre el cierre del expediente  
de Josef Kalteis

Documentación secreta del *Reich*

Se deniega el indulto al condenado. La ejecución de la pena tendrá lugar en la prisión de Stadelheim. Se desaconseja la notificación pública.

Auto declaratorio: existe constancia de numerosos crímenes de esta índole desde principios de esta década de 1930. Era natural que dichos sucesos brotaran en el sustrato corrompido de la República de Weimar; la democracia es una úlcera cancerosa, un semillero de elementos antisociales. Sin embargo, no podemos aceptar que dichos hechos no remitan ni siquiera tras la toma del poder y que sigan provocando la inquietud e inseguridad de nuestros fieles compatriotas. El pueblo alemán es y debe seguir siendo un pueblo saludable. Por ello hay que extirpar de su seno a esta clase de perturbadores; no se puede tolerar que durante tantos años este elemento antisocial castigara el Múnich-Oeste y contaminara la propia Múnich, cuna del

dinamismo y ciudad tan amada por nuestro glorioso *Führer*.

Como el criminal es un ciudadano alemán, ario y además miembro del Partido Nazi, se decreta la ejecución inmediata de la condena y el más estricto secreto de sumario. No se prevé notificar a los órganos de prensa nacional ni al *Völkischer Beobachter*.\* Por ese motivo, todas las actas, tanto orales como escritas, quedan sujetas al secreto de sumario para evitar cualquier perjuicio contra la imagen del Partido y del movimiento nacionalsocialista. Se desestima el recurso de gracia interpuesto. Asimismo, se descarta el internamiento preventivo y de reeducación en el campo de concentración de Dachau.

¡*Heil* Hitler!

Múnich, 29 de octubre de 1939

Firmado: ...

\*

Está sentado sobre el camastro, tiene la cabeza apoyada en las manos y los ojos cerrados, ¿o están abiertos? No lo sabe. El cuarto está bañado por la luz pálida que entra a través de la ventanilla enrejada, procedente del patio.

Lleva varias horas sentado, siempre en la misma postura: las manos juntas, como si estuviera re-

\* El *Völkischer Beobachter* fue el periódico oficial del Partido Nazi desde 1920. (*N. del t.*)

zando, el rostro medio oculto en ellas, el codo apoyado en el muslo, inmóvil. El tiempo se consume. Siente como si éste se le derramara por entre los dedos, y le resbalara por los brazos, piernas abajo, hasta llegar al suelo. Continuamente, sin cesar. Y, sin embargo, a pesar de esa lentitud, no logra recordar nada. No recuerda ni el día, ni la noche, ni las horas, ni los minutos... Todo se desvanece bajo aquella luz pálida, aquel gris interminable, como si él mismo se hubiera disuelto ya, como si su vida ya se hubiera consumido.

Nada, no ha quedado nada, tan sólo un espacio ilimitado de nada, vacío y nada más.

Incluso el miedo ha abandonado su cuerpo, un miedo que aún ayer era palpable, que le trepaba lentamente por la espalda hasta la cabeza, centímetro a centímetro, y lo aprisionaba. Agazapado en las profundidades de su cuerpo, le paralizaba los pensamientos y se apoderaba de cada célula, tomaba posesión de todo su ser. Pero en el transcurso de la noche incluso el miedo había cedido ante el vacío, incapaz de mantenerse, de imponerse a la nada que ahora lo llenaba, lo colmaba.

En algún momento durante la noche alguien abre la ventanilla de la celda. Él, aunque oye el sonido, no vuelve la cabeza. ¿Para qué? Ya no significa nada, nada significa nada. Nada.

Cuando a las seis vuelven a encender la luz de la celda, él ni siquiera se da cuenta: a su alrededor flota aún la luz gris, pálida de la noche. Con la cabeza aún entre las manos, sigue sentado en su camastro.

Con la nada, con el vacío, que es aún peor que el miedo.

Sigue sentado en el mismo sitio cuando a las siete menos diez los dos hombres entran en la celda.

Una vez dentro le hablan, pero él no comprende lo que dicen. Las palabras no logran abrirse paso por entre el vacío, por entre la nada que lo rodea, lo arropa, lo sujeta con fuerza.

No reacciona hasta que nota el contacto de una mano sobre el hombro. Sabe que es el momento de levantarse. Lentamente, con gestos mecánicos, se pone en pie. Los hombres le colocan las manos a la espalda y nota las esposas metálicas en las muñecas.

Necesita cuatro pasos para salir de aquel cuarto. Cuatro pasos. Los cuenta.

Ante la puerta de la celda lo espera ya el capellán de la prisión.

No sería capaz de decir si anda frente a él o si le sigue, ni tampoco logra recordar las palabras del cura. Lo ha visto abrir la boca para hablar. Recuerda también sonidos que buscaban el camino hasta sus oídos. Sin embargo, no había en ellos ni continuidad ni sentido; no lo alcanzaron, no lograron superar el muro de nada.

Vuelve a contar los pasos, los cuenta todos: uno, dos, tres, cuatro... y entonces percibe el sonido, el único sonido que se oye junto al de sus pasos y que poco a poco va penetrando en su conciencia.

Es un sonido leve que va haciéndose cada vez más fuerte hasta llenarle totalmente la cabeza. Es el sonido del campanario de la prisión, que anun-

cia su último paseo; el toque de ánimas. Ahora el tañido lo llena, llena todo su cuerpo.

Lo llena tanto como antes lo había llenado la nada. Sabe que sólo se detendrá cuando él deje de vivir. Lo último que oiga será esa campana que ahora anuncia públicamente su muerte.

Lo conducen escaleras abajo hasta el patio de la prisión. Allí ya le están esperando el fiscal, el médico forense y el verdugo con sus asistentes.

Los asistentes, vestidos con traje negro, se hacen cargo de él. Colocados a derecha e izquierda, lo toman por ambos brazos y le indican que se eche boca abajo sobre la báscula. Nota aún sus manos, que lo agarran con fuerza, y cómo colocan la báscula bajo la guillotina.

El verdugo acciona la palanca. La cuchilla cae y separa la cabeza del tronco.

\*

El cadáver, propiedad ahora del Estado bávaro, es trasladado al Instituto de Medicina Forense de la ciudad de Múnich. Los familiares del condenado han renunciado tanto al cadáver como a asumir los costes derivados de la ejecución. El Tesoro Público de Baviera transfiere doscientos cuarenta y siete *Reichsmark* al verdugo Johann Reichard en concepto de remuneración.

Duración de la ceremonia desde la llegada al patio de la prisión hasta la ejecución en la guillotina: diecisiete segundos.

## Sábado

Kathie viaja en tren a Múnich. Se ha sentado junto a la ventana y mira hacia fuera. Las gotas de lluvia golpean contra el cristal; los regueros de agua, empujados por el viento, lo cruzan en diagonal. Cuando una gota se encuentra con otra, se juntan y forman avenidas. Finalmente, llegan al marco y resbalan ventana abajo formando riachuelos. El paisaje detrás del cristal resulta apenas reconocible. El verde de los prados, los campos cosechados, los bosques, todo desaparece tras la cortina de lluvia.

Kathie está sumida en sus pensamientos. Se ha marchado del pueblo y ya casi ha llegado a Múnich. Una vez allí, ella y Maria irán a casa de los Lederer. Lederer es el primo de su madre. Se lo había prometido, había tenido que prometérselo a su madre antes de marcharse por la mañana, pero no pensaba quedarse allí, no tenía ninguna intención de quedarse. Sólo dejaría sus cosas y se marcharía. ¿Qué iba a hacer con aquel hombre, que seguro que le daba las mismas órdenes que su padre? Iba a decirle qué estaba bien y qué estaba mal, iba a

querer disponer de toda su vida. En Múnich quería ser libre. Libre. ¿Y la promesa? No tenía por qué cumplirla, su madre no lo sabría; además, al prometérselo, Kathie había cruzado los dedos a la espalda. Su madre no se había dado cuenta; peor para ella.

Hace unos años, cuando aún era una niña, Kathie iba de vez en cuando a Múnich con su madre. Sólo a veces permitía que la acompañara, y entonces tenía que portarse bien. En el tren tenía que sentarse junto a la ventana sin molestar y luego debía cruzar la ciudad de la mano de su madre. Entonces debía esperar sentada en una silla a que su madre terminara sus quehaceres. La pequeña Kathie hacía lo que le mandaban y se sentaba en unas sillas demasiado altas, con las piernecitas colgando, hasta que la madre terminaba y le compraba un «panecillo de la ciudad», una rosca con azúcar o varios azucarillos por haberse portado tan bien.

La madre compraba telas y otras cosas que luego, en el campo, revendía a los aldeanos. La mujer se dedica aún hoy al comercio ambulante. Metía todos aquellos valiosos productos en grandes bolsas y en el morral; eran objetos de la ciudad, que en el campo era difícil o incluso imposible conseguir: botones, telas, seda de coser, hilo... La madre vendía también piezas de batería de cocina, peines y cintas. Todas esas cosas podían comprarse también en la tienda, desde luego, pero muchos no podían ni siquiera permitirse ir hasta allí. Además, la «buhonera de Wolnzach» (tal como llamaban a su

madre) traía también productos de la ciudad por encargo.

A Kathie le encantaba hurgar en las bolsas, rebuscar entre aquellos objetos preciosos: los botones de colores, las cintas, los peines... A su madre no le gustaba que lo hiciera.

—Eso hay que venderlo luego —le decía.

Pero a menudo la pequeña Kathie abría a escondidas las cajitas con botones y examinaba los tesoros que su madre había comprado en Múnich; botones de nácar, los había de todos los colores: rojos, azules, verdes... Incluso algunos plateados, tenía; botones plateados que refulgían al sol. Muchos eran monedas; otros, espejitos. Podía pasarse horas contemplando todo aquello: los botones, las sedas de coser... La madre compraba no sólo hilo torzal, no, sino también sedas caras de coser de todos los colores, que combinaban con las telas. Hilo para bordar y patrones para que las hermanas de los campesinos pudieran preparar el ajuar; para que el ajuar de las novias estuviera bien lleno y todos vieran cuánto podían aportar al matrimonio.

Kathie se fijaba en cómo la madre había dispuesto las bolsas, y si la oía llegar, ordenaba rápidamente las cajas. Lo dejaba todo exactamente en el mismo sitio donde lo había encontrado; la madre no debía darse cuenta de que había estado husmeando otra vez. El corazón, en un puño, le latía con tanta fuerza en el pecho que temía que su madre fuera a oírlo.

En una ocasión su madre trajo un collar de per-

las de Múnich. Una clienta se lo había encargado. Eran unos collares modernos, que se cosían a la ropa. Los abalorios eran blancos, grises y rosados. Kathie lo cogió, notó el tacto frío de las perlas cultivadas y el peso del collar. No pudo resistirse: se lo colocó y se miró en el espejo. Parecía una pequeña *madame*. Habló con su reflejo tal como lo hacían las «damas distinguidas». Estaba tan abstraída hablando consigo misma que no oyó llegar a su madre, ni se dio cuenta de que entraba en el cuarto. Por eso se asustó tanto al oír su voz.

—Si te miras demasiado tiempo en el espejo, al final será el demonio quien te devuelva la mirada.

—¿Cómo va a mirarme el demonio desde el espejo? —logró decir Kathie.

—Si miras el tiempo suficiente, ya lo verás. No serías la primera a la que le pasa. Y ahora dame el collar, que no es para ti y lo he tenido que traer expresamente de Múnich. Es para una clienta, pero como esté sucio no lo querrá comprar.

La niña se lo devolvió muy a su pesar. En aquel momento se juró que un día tendría uno igual; no, más de uno. Parecería una actriz de película como las que había en las fotos de la cartelera del cine.

Y, sin embargo, desde aquel día, cada vez que se mira en el espejo, Kathie busca al demonio. Se asoma a las cuatro esquinas por si puede verlo o por si descubre a Belcebú mirándola por encima del hombro. Aunque de momento no lo ha visto nunca.

El demonio, el demonio, el demonio, el tra-

queteo de las ruedas del tren repite la palabra una y otra vez dentro de su cabeza. El demonio, el demonio.

Maria, con quien viaja a Múnich, va sentada frente a ella. Tiene los ojos cerrados, cansada por el monótono traqueteo, y se ha adormilado.

Pero Kathie no se enfada con ella, al contrario, se lo agradece. Así puede ir desgranando sus pensamientos sin que Maria la moleste.

Sueña con el trabajo que quiere encontrar en Múnich. Planea ir a la tienda de los Hofmann, adonde ya escribió en enero. Kathie conoce a los Hofmann, su madre compra siempre sus telas en la Heusestrasse. De niña la había llevado más de una vez a aquella tienda llena de telas, botones y carretes de hilo de colores. Sólo tenía que cogerlos. A Kathie le basta pensar en ello para volver a ver el carrete en su mano, un carrete rojo. Había cerrado el puño con fuerza, dispuesta a no soltarlo. Nadie había visto cómo sus dedos infantiles ocultaban el carrete y, ya en la calle, se lo había enseñado a su madre.

—Lo has robado —le había dicho a Kathie—. Lo has robado. No podré dejar que me acompañes nunca más si haces esas cosas.

Kathie había tenido que devolver su tesoro. La madre la había obligado a volver a entrar en la tienda. Kathie recuerda aún hoy la vergüenza que pasó, pero la señora Hofmann no la había regañado. Al contrario, se había reído y había dicho:

—A mí los rojos también son los que más me

gustan. No se lo tome tan a pecho, señora Hertl; Kathie es sólo una niña.

Había escrito a los Hofmann preguntándoles si podían ayudarla a encontrar trabajo en Múnich. Su intención era comenzar trabajando como sirvienta en casa de algún abogado, o artista, o de alguna familia rica de Múnich. Estaba segura de que los Hofmann iban a ayudarla, seguro que conocían a alguien así. No en vano, a su tienda acudían también las grandes damas, que ella había visto con sus propios ojos cuando aún iba a Múnich con su madre a comprar telas: mujeres elegantes con sombreros y abrigos de piel, zapatos de tacón y medias de seda. Ella quería tener unas también. Con el primer sueldo iba a comprarse unos zapatos bien bonitos y unas medias de seda. Quería parecerse a aquellas damas de ciudad.

El tren se detiene entre dos estaciones. Kathie mira por la ventana, contra la que siguen cayendo las gruesas y pesadas gotas de lluvia. El tren vuelve a ponerse en marcha, poco a poco. Maria duerme profundamente y no se despierta ni con el frenazo ni cuando la máquina vuelve a arrancar.

Como Kathie, también ella quiere conseguir un trabajo en Múnich. No le gusta tenerla pegada a las faldas, pero ya se la quitará de encima en cuanto lleguen a Múnich; de eso no le cabe ninguna duda. Kathie vuelve a mirar por la ventana, pero en esta ocasión tiene la mente en blanco y contempla sin más cómo las gotas de lluvia van surcando el cristal.

Poco antes de llegar a Múnich, Maria se despierta y entre las dos bajan el equipaje de la rejilla. Cada una lleva una pequeña maleta. No es mucho y, sin embargo, es todo lo que Kathie posee. Para el viaje se ha vestido expresamente con el hermoso abrigo verde con grandes botones también verdes, el cinturón, el sombrerito azul y las cintas de color claro que, normalmente, sólo se pone el domingo para ir a la iglesia.